

12330

ARCHIVO

TEMA SOCIAL- GUADALAJARA

REPUBLICA DE CHILE			
PRESIDENCIA			
REGISTRO Y ARCHIVO			
NR.	91/14551		
A:	22 JUL 91		
P.A.A.	<input checked="" type="checkbox"/>	R.C.A.	<input type="checkbox"/>
C.B.E.	<input type="checkbox"/>	M.L.P.	<input type="checkbox"/>
M.Z.C.	<input type="checkbox"/>		<input type="checkbox"/>
			<input type="checkbox"/>

Después de la relación del Sr. Secretario General de Cepal, me es muy grato referirme a este tema. La importancia que reviste el desarrollo social en América Latina corresponde a los legítimos anhelos de quienes pueblan esta región del mundo por alcanzar mejores niveles de vida, con respeto a su historia y tradición y con fe y optimismo en el futuro de nuestras naciones.

Nos reunimos en un momento particularmente importante para la humanidad, en que estamos viviendo cambios muy profundos que están generando un nuevo orden internacional, en el que esperamos Iberoamérica tenga una participación relevante.

Después de 500 años de iniciarse el contacto del Viejo Mundo con América, ésta sigue siendo el Nuevo Mundo. En Iberoamérica hemos desarrollado una cultura que es fruto de los valiosos aportes de nuestros pueblos indígenas y de Europa, primero de España y Portugal y, posteriormente, mediante un gran flujo de inmigración que ha continuado hasta épocas muy recientes.

Somos un vasto continente, con una enorme diversidad. Nuestras riquezas físicas, que desde los albores de la colonización deslumbraron a Europa, siguen siendo hoy de las más importantes del planeta. Nuestros minerales, hidrocarburos, nuestras tierras agrícolas y de pastoreo, nuestros bosques y nuestros ríos que dan vida a nuestra tierra y que son fuente de energía, son todavía hoy la admiración de otros continentes no tan dotados de recursos naturales. A esas riquezas materiales debemos agregar las espirituales de nuestros pueblos.

Tenemos un territorio de 20 millones de kilómetros cuadrados; una población de 440 millones de habitantes, un producto bruto de 800 mil millones de dólares y nuestro pueblo es joven, ocurrente, ágil y templado por fenómenos naturales adversos como los terremotos y huracanes.

En nosotros se ha plasmado nuestra historia, depositaria de culturas milenarias de las que nos enorgullecemos y, al mismo tiempo, enriquecido por el valioso aporte de quienes, venidos desde el viejo continente, han construido aquí sus vidas y materializado sus esperanzas. Somos un continente joven, porque la inmensa mayoría de nuestra población así lo es, y somos al mismo tiempo una región que se siente y se sabe depositaria de recursos naturales, recursos biológicos y recursos humanos que no sólo sirven a nuestros propios países sino que forman parte del patrimonio universal.

Esta enorme población, mayoritariamente joven, tiene grandes y justas aspiraciones. La primera de ellas -y lo sentimos día a día los gobernantes de este continente- es el anhelo de crecer económicamente y de superar la pobreza: crecer en justicia. Nos lo debemos a nosotros mismos. Muchos de nuestros países han pasado por períodos particularmente dolorosos en que nuestros pueblos se sintieron duramente golpeados al desconocérseles los derechos básicos de toda persona humana. Queremos y debemos dejar para siempre atrás esas experiencias y, aprendiendo de nosotros mismos, encaminarnos por la vía del desarrollo económico con un claro contenido de equidad, justicia social y democracia política.

Así como estamos dispuestos y comprometidos a establecer relaciones de justicia y equidad en nuestras propias sociedades, exigimos del mundo un trato también justo en lo económico y en lo político. Nuestros países han sido, desde los albores de su independencia, actores constructivos en el concierto de las naciones. Es aspiración nuestra, siempre vigente, el que el mundo del mañana esté regido por los principios del derecho internacional. Tenemos la aspiración legítima de tener un trato digno en la comunidad internacional, que se compadezca con el esfuerzo de nuestros pueblos.

No obstante esta actitud abierta y receptiva, no siempre hemos encontrado la misma reciprocidad de algunos que en el mundo más desarrollado han visto en América Latina una forma de explotación muchas veces reñida con las normas y valores que rigen su conducta en sus propios países.

Por otra parte, debemos enfrentar problemas acuciantes, de larga data, respecto de los cuales tenemos responsabilidades con nuestras naciones y con la humanidad toda. La forma como los abordemos afectará no sólo nuestro desarrollo sino el del resto del planeta. Entre éstos, cabe destacar nuestra responsabilidad ante el deterioro de nuestros recursos naturales. Se nos acusa, muchas veces con injusticia, de incuria en el manejo de estos recursos, pero estamos haciendo esfuerzos ingentes para protegerlos. Hay ejemplos notorios de como América Latina ha contribuido a la comunidad internacional en la promoción del adecuado uso de estos recursos.

Es el caso del nuevo derecho del mar y la zona económica exclusiva de 200 millas en los océanos, que se originó en una iniciativa nuestra de hace ya casi 50 años; es el caso también de la Amazonía, en que ocho estados latinoamericanos han constituido el Pacto Amazónico para preservar y usar racionalmente los recursos naturales del corazón de nuestro continente; y es el caso, también, de la Antártida, en que países del cono sur americano tomaron la iniciativa y el liderazgo en lo que es hoy el Tratado Antártico.

Nuestra decidida y probada vocación de colaboración, para en definitiva formar un mundo más justo, se ve condicionada por problemas acuciantes, que en no poca medida están relacionados con nuestra inserción en el actual orden internacional.

La enorme deuda externa que agobia a nuestros países está implicando una transferencia neta de recursos al exterior de aproximadamente 19 mil millones de dólares anuales, agravando con ello la pobreza de nuestros pueblos.

También sufrimos un trato injusto en nuestro comercio internacional. Somos decididos partidarios de la liberalización del comercio, y a sabiendas de que ello implicará profundos y dolorosos ajustes a nuestras economías, hemos apoyado sin vacilación las negociaciones de la Ronda de Uruguay del GATT. Tenemos por ello dificultad en explicar a nuestros pueblos que los países más ricos de la tierra son ahora los campeones del proteccionismo, en perjuicio de países pobres que dependen de un puñado de productos de exportación para la subsistencia de sus pueblos.

A ello se agrega la formación de grandes bloques comerciales proteccionistas, como si la historia no nos hubiera dejado la amarga enseñanza de que a la larga ello conduce a roces o a guerras comerciales y aún a conflictos armados.

Nuestro mayor problema, trascendental en todo sentido es el de la extrema pobreza. Una importante proporción de nuestra población carece de los ingresos necesarios para satisfacer sus necesidades más esenciales. En un continente, cuya población se aglomera a un ritmo pavoroso en ciudades que se están haciendo inmanejables por su excesivo crecimiento y tamaño, la pobreza es un caldo de cultivo para la violencia y la drogadicción. Estos problemas gravitan con un peso enorme en la agenda de nuestro desarrollo.

La drogadicción es típica de la influencia, en este caso nefasta, que tienen sobre los países en desarrollo los hábitos de vida y consumo de los países industrializados. En vez de comprarnos y consumir aquello que queremos producir y exportar, por desgracia hay un consumo creciente de drogas. Necesitamos que los países hoy desarrollados hagan un esfuerzo de verdad serio para disminuir este consumo de estupefacientes.

No menos importante que el anterior es el problema del deterioro ambiental, el cual tiene una incidencia cada vez mayor en nuestro desarrollo. El ya mencionado crecimiento y tamaño de las ciudades -originado en la pobreza rural- las está tornando inmanejables.

La reciente aparición de la epidemia del cólera, que ya afecta a varios de nuestros países, ha servido como un campanazo de alerta para abocarse a la sanidad ambiental y para atacar de raíz las causas de la pobreza y el hacinamiento urbano.

El rápido crecimiento de la población ha incidido también sobre los recursos naturales en su conjunto. Si bien nuestra población representa sólo el 8,3% del total de la humanidad y poseemos el 12% de la tierra arable del mundo, el 7% de la de riego y el 24% de los bosques, nuestra frontera agrícola ha sido ya alcanzada. Esto nos exige hacer un uso más intensivo de nuestros recursos naturales renovables, con todo lo que ello implica en cuanto a inversión y tecnología apropiada.

Al inicio de mis palabras hice presente que seguimos siendo un continente joven. Por ello, sin jactancia nos percibimos como un continente de la esperanza. El 36% de nuestra población tiene menos de 15 años de edad y el 20% son jóvenes de 15 a 24 años de edad. Como en toda sociedad, nuestro bien máspreciado es nuestra gente. Nuestra juventud es un mar de inquietudes, de aspiraciones y de voluntad de superación. No son pocos los que hoy se ven impelidos a emigrar y hacer fortuna en los países industrializados tal como -aún después de la segunda guerra mundial- tantos jóvenes europeos seguían viniendo a nuestra Iberoamérica. A ello se suma ese enorme contingente humano que son las mujeres de América Latina, las que en proporciones cada vez mayores desean y exigen aportar su contribución al desarrollo, también en esferas hasta hace poco reservadas casi exclusivamente a los hombres.

Esa juventud y estas mujeres, necesitados e idealistas, son la Iberoamérica de hoy y del mañana. En un mundo signado por la revolución tecnológica, tenemos que canalizar esa fuerza social deseosa de progreso y de innovación poniendo a su disposición la educación y capacitación necesarios para desenvolverse exitosamente. En este campo necesitamos de los países industrializados un flujo creciente de transferencia tecnológica, ojalá acompañada también de inversiones que establezcan para el mundo del mañana relaciones cada vez más diversificadas y solidarias y mutuamente más beneficiosas.

Los latinoamericanos tenemos claro que sin integración económica y social, no será posible superar nuestros problemas. Nuestra tarea fundamental es derrotar la pobreza y hacer de nuestro Continente un espacio en que, sobre las bases del respeto a la dignidad de las personas, el imperio de la justicia y el trabajo creador, alcancemos una buena vida humana para nuestra población. Es un desafío que nos exige nuestros mejores y mayores esfuerzos, en el que necesitamos y esperamos la comprensión y colaboración de las naciones del mundo desarrollado, en especial de los pueblos ibéricos a quienes nos ligan especiales vínculos de sangre, de historia y de cultura. Es un desafío que estamos enfrentando con responsabilidad, esperanza y optimismo.

TEMA SOCIAL- GUADALAJARA

Después de la relación del Sr. Secretario General de Cepal, me es muy grato referirme a este tema. La importancia que reviste el desarrollo social en América Latina corresponde a los legítimos anhelos de quienes pueblan esta región del mundo por alcanzar mejores niveles de vida, con respeto a su historia y tradición y con fe y optimismo en el futuro de nuestras naciones.

Nos reunimos en un momento particularmente importante para la humanidad, en que estamos viviendo cambios muy profundos que están generando un nuevo orden internacional, en el que esperamos Iberoamérica tenga una participación relevante.

Después de 500 años de iniciarse el contacto del Viejo Mundo con América, ésta sigue siendo el Nuevo Mundo. En Iberoamérica hemos desarrollado una cultura que es fruto de los valiosos aportes de nuestros pueblos indígenas y de Europa, primero de España y Portugal y, posteriormente, mediante un gran flujo de inmigración que ha continuado hasta épocas muy recientes.

Somos un vasto continente, con una enorme diversidad. Nuestras riquezas físicas, que desde los albores de la colonización deslumbraron a Europa, siguen siendo hoy de las más importantes del planeta. Nuestros minerales, hidrocarburos, nuestras tierras agrícolas y de pastoreo, nuestros bosques y nuestros ríos que dan vida a nuestra tierra y que son fuente de energía, son todavía hoy la admiración de otros continentes no tan dotados de recursos naturales. A esas riquezas materiales debemos agregar las espirituales de nuestros pueblos.

Tenemos un territorio de 20 millones de kilómetros cuadrados; una población de 440 millones de habitantes, un producto bruto de 800 mil millones de dólares y nuestro pueblo es joven, ocurrente, ágil y templado por fenómenos naturales adversos como los terremotos y huracanes.

En nosotros se ha plasmado nuestra historia, depositaria de culturas milenarias de las que nos enorgullecemos y, al mismo tiempo, enriquecido por el valioso aporte de quienes, venidos desde el viejo continente, han construido aquí sus vidas y materializado sus esperanzas. Somos un continente joven, porque la inmensa mayoría de nuestra población así lo es, y somos al mismo tiempo una región que se siente y se sabe depositaria de recursos naturales, recursos biológicos y recursos humanos que no sólo sirven a nuestros propios países sino que forman parte del patrimonio universal.

Esta enorme población, mayoritariamente joven, tiene grandes y justas aspiraciones. La primera de ellas -y lo sentimos día a día los gobernantes de este continente- es el anhelo de crecer económicamente y de superar la pobreza: crecer en justicia. Nos lo debemos a nosotros mismos. Muchos de nuestros países han pasado por períodos particularmente dolorosos en que nuestros pueblos se sintieron duramente golpeados al desconocérseles los derechos básicos de toda persona humana. Queremos y debemos dejar para siempre atrás esas experiencias y, aprendiendo de nosotros mismos, encaminarnos por la vía del desarrollo económico con un claro contenido de equidad, justicia social y democracia política.

Así como estamos dispuestos y comprometidos a establecer relaciones de justicia y equidad en nuestras propias sociedades, exigimos del mundo un trato también justo en lo económico y en lo político. Nuestros países han sido, desde los albores de su independencia, actores constructivos en el concierto de las naciones. Es aspiración nuestra, siempre vigente, el que el mundo del mañana esté regido por los principios del derecho internacional. Tenemos la aspiración legítima de tener un trato digno en la comunidad internacional, que se compadezca con el esfuerzo de nuestros pueblos.

No obstante esta actitud abierta y receptiva, no siempre hemos encontrado la misma reciprocidad de algunos que en el mundo más desarrollado han visto en América Latina una forma de explotación muchas veces reñida con las normas y valores que rigen su conducta en sus propios países.

Por otra parte, debemos enfrentar problemas acuciantes, de larga data, respecto de los cuales tenemos responsabilidades con nuestras naciones y con la humanidad toda. La forma como los abordemos afectará no sólo nuestro desarrollo sino el del resto del planeta. Entre éstos, cabe destacar nuestra responsabilidad ante el deterioro de nuestros recursos naturales. Se nos acusa, muchas veces con injusticia, de incuria en el manejo de estos recursos, pero estamos haciendo esfuerzos ingentes para protegerlos. Hay ejemplos notorios de como América Latina ha contribuido a la comunidad internacional en la promoción del adecuado uso de estos recursos.

Es el caso del nuevo derecho del mar y la zona económica exclusiva de 200 millas en los océanos, que se originó en una iniciativa nuestra de hace ya casi 50 años; es el caso también de la Amazonía, en que ocho estados latinoamericanos han constituido el Pacto Amazónico para preservar y usar racionalmente los recursos naturales del corazón de nuestro continente; y es el caso, también, de la Antártida, en que países del cono sur americano tomaron la iniciativa y el liderazgo en lo que es hoy el Tratado Antártico.

Nuestra decidida y probada vocación de colaboración, para en definitiva formar un mundo más justo, se ve condicionada por problemas acuciantes, que en no poca medida están relacionados con nuestra inserción en el actual orden internacional.

La enorme deuda externa que agobia a nuestros países está implicando una transferencia neta de recursos al exterior de aproximadamente 19 mil millones de dólares anuales, agravando con ello la pobreza de nuestros pueblos.

También sufrimos un trato injusto en nuestro comercio internacional. Somos decididos partidarios de la liberalización del comercio, y a sabiendas de que ello implicará profundos y dolorosos ajustes a nuestras economías, hemos apoyado sin vacilación las negociaciones de la Ronda de Uruguay del GATT. Tenemos por ello dificultad en explicar a nuestros pueblos que los países más ricos de la tierra son ahora los campeones del proteccionismo, en perjuicio de países pobres que dependen de un puñado de productos de exportación para la subsistencia de sus pueblos.

A ello se agrega la formación de grandes bloques comerciales proteccionistas, como si la historia no nos hubiera dejado la amarga enseñanza de que a la larga ello conduce a roces o a guerras comerciales y aún a conflictos armados.

Nuestro mayor problema, trascendental en todo sentido es el de la extrema pobreza. Una importante proporción de nuestra población carece de los ingresos necesarios para satisfacer sus necesidades más esenciales. En un continente, cuya población se aglomera a un ritmo pavoroso en ciudades que se están haciendo inmanejables por su excesivo crecimiento y tamaño, la pobreza es un caldo de cultivo para la violencia y la drogadicción. Estos problemas gravitan con un peso enorme en la agenda de nuestro desarrollo.

La drogadicción es típica de la influencia, en este caso nefasta, que tienen sobre los países en desarrollo los hábitos de vida y consumo de los países industrializados. En vez de comprarnos y consumir aquello que queremos producir y exportar, por desgracia hay un consumo creciente de drogas. Necesitamos que los países hoy desarrollados hagan un esfuerzo de verdad serio para disminuir este consumo de estupefacientes.

No menos importante que el anterior es el problema del deterioro ambiental, el cual tiene una incidencia cada vez mayor en nuestro desarrollo. El ya mencionado crecimiento y tamaño de las ciudades -originado en la pobreza rural- las está tornando inmanejables.

La reciente aparición de la epidemia del cólera, que ya afecta a varios de nuestros países, ha servido como un campanazo de alerta para abocarse a la sanidad ambiental y para atacar de raíz las causas de la pobreza y el hacinamiento urbano.

El rápido crecimiento de la población ha incidido también sobre los recursos naturales en su conjunto. Si bien nuestra población representa sólo el 8,3% del total de la humanidad y poseemos el 12% de la tierra arable del mundo, el 7% de la de riego y el 24% de los bosques, nuestra frontera agrícola ha sido ya alcanzada. Esto nos exige hacer un uso más intensivo de nuestros recursos naturales renovables, con todo lo que ello implica en cuanto a inversión y tecnología apropiada.

Al inicio de mis palabras hice presente que seguimos siendo un continente joven. Por ello, sin jactancia nos percibimos como un continente de la esperanza. El 36% de nuestra población tiene menos de 15 años de edad y el 20% son jóvenes de 15 a 24 años de edad. Como en toda sociedad, nuestro bien máspreciado es nuestra gente. Nuestra juventud es un mar de inquietudes, de aspiraciones y de voluntad de superación. No son pocos los que hoy se ven impelidos a emigrar y hacer fortuna en los países industrializados tal como -aún después de la segunda guerra mundial- tantos jóvenes europeos seguían viniendo a nuestra Iberoamérica. A ello se suma ese enorme contingente humano que son las mujeres de América Latina, las que en proporciones cada vez mayores desean y exigen aportar su contribución al desarrollo, también en esferas hasta hace poco reservadas casi exclusivamente a los hombres.

Esa juventud y estas mujeres, necesitados e idealistas, son la Iberoamérica de hoy y del mañana. En un mundo signado por la revolución tecnológica, tenemos que canalizar esa fuerza social deseosa de progreso y de innovación poniendo a su disposición la educación y capacitación necesarios para desenvolverse exitosamente. En este campo necesitamos de los países industrializados un flujo creciente de transferencia tecnológica, ojalá acompañada también de inversiones que establezcan para el mundo del mañana relaciones cada vez más diversificadas y solidarias y mutuamente más beneficiosas.

Los latinoamericanos tenemos claro que sin integración económica y social, no será posible superar nuestros problemas. Nuestra tarea fundamental es derrotar la pobreza y hacer de nuestro Continente un espacio en que, sobre las bases del respeto a la dignidad de las personas, el imperio de la justicia y el trabajo creador, alcancemos una buena vida humana para nuestra población. Es un desafío que nos exige nuestros mejores y mayores esfuerzos, en el que necesitamos y esperamos la comprensión y colaboración de las naciones del mundo desarrollado, en especial de los pueblos ibéricos a quienes nos ligan especiales vínculos de sangre, de historia y de cultura. Es un desafío que estamos enfrentando con responsabilidad, esperanza y optimismo.

.